

TEXTOS Y DOCUMENTOS*

* Todos los textos se publican aquí respetando la ortografía original, pero modernizando la puntuación, la acentuación, el uso de mayúsculas y la separación de palabras y desatando las abreviaturas.

“La novela de un beso”, de Manuel Álvarez del Castillo

“La novela de un beso”, cuento del siglo XIX, con una ágil y eficaz descripción de la familia protagonista, tiene dos elementos importantes: la ironía y el humorismo, que le hacen cobrar actualidad. El texto inicia como una charla trivial de un grupo de amigos que espera que deje de caer la “inexorable lluvia”. Se nos anuncia que ya se han contado cuatro historias anteriormente, no muy interesantes por cierto, pues el narrador dice que se dispusieron a “sufrir” la quinta historia de la noche. El narrador nos introduce a la habitación donde se cuenta el relato y nos invita a escucharlo.

Estamos ante un texto que nos pide “un lector cómplice”, como diría Julio Cortázar. Es un texto ameno, cuyo interés va en aumento y logra mantener la atención del lector hasta el final. El final es ambiguo, y nos abre una gama de posibilidades de desenlace; cada lector puede elegir el que más le agrade. También es importante señalar que en algunas ocasiones el texto se muestra más rico por lo que calla, que por lo que dice, como cuando el narrador señala: —“¡Clara!... y no sólo *Clara* le dije, sino otras cosas más bonitas que no las quiero decir a ustedes”. La sensorialidad y sensualidad también están presentes en el texto. Hay un cierto pudor, cierta delicadeza en las acciones de esta pareja protagonista y las grandes peripecias que tienen que realizar con el único objetivo de darse un inocente beso.

Debo agregar algo más: el texto fue corregido ortográficamente. Como era costumbre a finales del siglo XIX, Manuel Álvarez del Castillo sólo cerraba los signos de admiración y de interrogación. Se decidió actualizar el texto abriendo y cerrando

todos los signos de admiración y de interrogación que aparecen en él.

Ahora quiero hablar un poco del autor del cuento. Se trata de Manuel Álvarez del Castillo y Lamadrid, muerto en 1887, a la edad de 27 años. Nació y murió en la ciudad de Guadalajara. Fue fundador, redactor y uno de los principales colaboradores de *La República Literaria*, en donde hace 110 años fue publicado el cuento que presentamos, durante el primer año de vida de la revista. También fue corresponsal de *La Juventud Literaria* en Guadalajara. Participó activamente en el periodismo de su tierra natal ya sea como fundador o colaborador de algunos periódicos y revistas, entre los que se encuentran: *Don Nacho*; *Juan Panadero*; *La Gaceta Jalisciense*; *El Clarín*; *Occidente*. En 1881 dirigió el periódico *El Kaskabel*, que era un diario antigubernamental. Perteneció a dos asociaciones literarias: "La Aurora Literaria" y "La República Literaria". Publicó cuentos, crónicas, reseñas y algunos ensayos. Las principales características de su escasa obra son la originalidad, el sentido del humor y la vitalidad de su prosa. Todos sus amigos coincidieron al decir que de no haber muerto prematuramente, hubiera llegado a ser uno de los escritores más importantes de finales del siglo XIX. Es un escritor que no figura en ningún diccionario de escritores mexicanos. Sin embargo, a casi ciento diez años de su muerte, alcanza una importancia tal que merece un lugar dentro de la historia literaria mexicana del siglo XIX.

Algunos escritores importantes como Mariano Azuela, Victoriano Salado Álvarez y Emmanuel Carballo coinciden en señalar que los cuentos escritos por Álvarez del Castillo merecen aparecer en las más importantes antologías del cuento mexicano.

ROSALINA REYES NICOLAT

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

LA NOVELA DE UN BESO¹

A Luis Corro

La lluvia continuaba inexorablemente; no teníamos más recurso que sufrir la quinta historia de aquella noche, y nos dispusimos a escucharla.

I

Hace algunos años visitaba yo a una familia radicada accidentalmente en esta ciudad, y que no tenía otros méritos, a mis ojos, que el de contar entre sus miembros a una joven de peregrina hermosura, que los tenía muy picarescos. ¡Clara! Así se llamaba aquel ejemplar adorable de la raza de Adán y el sexo de Eva. Era tan bella que el viejo Homero, de haberla conocido, hubiérale dedicado aquella frase que tanto prodiga a la Helena de Troya: *divina entre las mujeres*.

Cantaba además como un canario, y tenía, con la gracia de los quince abriles, toda la madurez de juicio de los treinta. Era la señorita más formal del mundo, generalmente, y añadido este adverbio con el objeto de advertir que a las veces dejaba de serlo, exclamando para disculpar ciertas incorrecciones censurables:

—Ya me cansé de tener talento.

¹ Publicado originalmente en *La República Literaria*. Año I, T. I (mar.-ago. 1886): 422-428.

II

Formaban segundo término a esta figurilla digna del lápiz de Madrazo,² su abuela materna: sesenta años; sus padres, ochenta entrambos; una tía, pasablemente jamona, y un hermanito que cursaba Filosofía en el Seminario Conciliar. Este amable joven tenía el honor de ser mi condiscípulo, y digo que el honor era suyo, porque siempre le tuve por más animal que yo. Y no porque este juicio sea un tanto cuánto severo debe entenderse que no amaba al hermano de Clara; le amaba y le vivía agradecido, por haber sido él quien me llevó a su casa.

¡Oh tiempos estudiantiles de feliz memoria! ¡Oh sabiduría que se persigue y no se alcanza!

El nombre del sujeto de quien me ocupo, era lisa y llanamente Cristóbal, pero en las aulas le conocíamos por otro más sonoro y retumbante. Es el caso que nunca hubo constancia de que aquel individuo aprendiera la lección; mas sí la hubo de que nunca permaneció callado cuando se la preguntaban, dejando brotar la abundante fuente de su boca, copiosísimo caudal de desatinos que le hacía preceder invariablemente de la frase “dice el autor”. Cansado un día el maestro de aquel estribillo, le preguntó:

—Pero hombre ¿cuál autor dice eso?

A lo que respondió sin titubear:

—Pitágoras.

Desde aquella fecha ya no se le llamó a él de otra manera.

III

Era el genearca de aquel linaje, duro de facciones, de genio y de bolsillo; de áspera voz y recia musculatura. En sus moceda-

² Federico Madrazo y Kuntz (1815-1894). Pintor y dibujante español especializado en retratos caracterizados por su corrección, elegancia y excepcional colorido. Sus retratos a lápiz fueron famosos por su magnífica expresión y pureza de líneas.

des había acompañado a Rojas,³ de apacible memoria; y de sus hazañas en pro de la libertad y de la patria, había conservado una ancha cicatriz en la frente, y unos quince o veinte mil pesos, que le producían rédito pingüe en usurarias combinaciones.

En la época a que me refiero como era rico, ya no era liberal.

Muy pocas veces se le veía, y me creo autorizado para sospechar que sus prolongadas ausencias del hogar doméstico, debíanse a que el buen señor, confiaba también a la andante caballería de los naipes, el éxito de algunos de sus negocios. Yo procuraba ir a su casa en los momentos en que estaba seguro de no encontrarle, porque la única vez que le hablé, me dejó una impresión tan desagradable como persistente. Le tenía miedo, un miedo horrible; antojábaseme que aquel hombre estaba destinado a hacerme algun daño. Muchas noches su recuerdo me produjo espantosas pesadillas, y constantemente le veía en mi imaginación, con la misma inquietud con que contemplaría a una torre que amenazara desplazarse sobre mí.

IV

La mamá de Clara era un alma de cántaro; la abuela y la tía eran idénticas en un todo a la mamá; todas idolatraban a la niña y no se separaban de ella un punto. Si salía, salían; si estaba en la sala, en la sala estaban ellas; si iba a la azotehuela, allá se iban, si asomaba el rostro de querubín por la puerta, por la puerta asomaban ellas los suyos, desgraciadísimos y marchitos.

Clara, aparentemente, no se fastidiaba de aquel ayuntamiento sempiterno, y esto me contrariaba en extremo, porque compren-

³ Antonio Rojas (1818-1865). Guerrillero jalisciense que luchaba en 1858 en contra de los conservadores. Hostilizó a Márquez y a Miramón. Incorporado al Ejército Federal, desconoció al General López de Uroaga, enemigo de combatir franceses. Obligó a su gente a firmar un acuerdo para combatirlos "hasta morir", o pasar por las armas a los rebeldes. Enérgico y voluntarioso, murió en combate contra el Capitán Berthelin en la Hacienda de Potrerillos en 1865.

día que nunca podrían realizarse sus dulces promesas, cada día más expresivas, que me hacía con la mirada. Yo iba perdiendo el juicio por aquella criatura, al grado de estar hecho un Macías.⁴ Rondaba su casa noche y día con la esperanza de hablarle a solas, pero de noche las cinco ventanas del edificio estaban cerradas, y por la tarde, que era cuando la encontraba de codos en una de ellas, invariablemente en las siguientes la abuela, la mamá, la tía, y Pitágoras en la otra.

Sucedió en fin, que un domingo por la tarde llegué a la casa en los momentos en que todas estas apreciables personas, menos la abuela, salían de ella.

—¡Buenos días señoras! Adiós Clarita... ¿a dónde bueno?

—Vamos a Belén.⁵

—?

—Sí, a Belén; a ver a los locos.

—¡Soberbia diversión!

—¿Quiere usted acompañarnos?

—¡Con mucho gusto!

Ofrecí el brazo a la mamá, Pitágoras dio el suyo gravemente a la tía, y la divina Clara marchó a la vanguardia de la comitiva.

En aquellos tiempos aun no había tranvías: la familia, aunque disfrutaba de la *aura mediocritas* del poeta venusino, carecía de carruaje y era demasiado económica para derrochar sus fondos pagando un simón, y por otra parte, mi escarcela de estudiante seminarista con más frecuencia exigua que repleta, tampoco me permitía ese lujo, de manera que emprendimos el

⁴ Trovador gallego del siglo xv. Pobre y noble hidalgo al servicio del Marqués de Villena. En la Corte se enamoró perdidamente de una mujer noble, Doña Elvira, quien fue obligada a casarse contra su voluntad con otro hidalgo rico y poderoso. Macías siguió cantando su amor a su dama y el marido de ésta, exasperado, dio muerte a Macías atravesándolo con una lanza en 1434 en la cárcel de Arjonilla, Jaén. Ha pasado a la Historia como "Macías el Enamorado".

⁵ Hospital de San Miguel de Belén, fundado después de 1876 en Guadalupe por Fray Antonio Alcalde, al azotar a la ciudad una terrible epidemia. En 1794 se terminó la obra. Una de sus áreas más importantes fue la dedicada a alojar a los enfermos mentales. Anexo al Hospital se encuentra el Panteón de Santa Paula, mencionado también en este relato.

viaje a pie, dando por pretexto lo saludable que era el ejercicio, la placentera y apacible hermosura de la tarde, que convidaba a pasear, y las dificultades, más ilusorias que verdaderas, de encontrar algún vehículo siendo día festivo.

Larga, aunque para mí sabrosa, fue la caminata; la caravana atravesó la verja del Campo-Santo, y hasta entonces la señora tuvo a bien descolgarse de mi brazo, que me quedó ligeramente entumecido. Corrí a unirme con *mi* Clara, la cual en su desordenado afán por ver a los locos, saltaba y brincaba como si fuera uno de ellos: díjele que antes de lanzarnos a esa nueva y tétrica expedición, sería bien reposar un poco, porque suponía a su respetable mamá bastante fatigada.

—Tiene usted razón, joven, me dijo la matrona; el ejercicio que hemos hecho, me ha dejado por puertas...

—Pero a mí no —interrumpió Clarita— y luego volviéndose hacia mí —le propongo a usted unas carreras hasta la gaveta de mi abuelo— díjome.

—¡Acepto! me apresuré a contestar, sin embargo de que ignoraba donde estaría la fúnebre meta.

—¡Qué atrocidad! exclamó con indignación Pitágoras. ¡Correr en un lugar sagrado! No debes permitir semejante cosa, mamá.

Ésta, dándose aire lo mismo que la tía, con sendas mascadas amarillas, no respondió a la interpelación de su noble vástago, y continuó buscando ansiosamente una piedra en donde dar descanso a su voluminosa humanidad.

V

Como un jilguero que se escapa de la jaula en donde ha estado preso largo tiempo, como mariposa de brillantísimos colores, ligera, alada, corrió Clarita y yo corrí tras ella. ¡Adiós Pitágoras, adiós tía, adiós vieja de piel apergaminada! En un momento pusimos larga distancia entre ellas y nosotros... ¡Qué deliciosamente resonaban debajo de las bóvedas mortuorias del largo corredor, los taconcitos de aquella criatura, y sus sonoras carcajadas!

Al llegar al extremo del ambulatorio, allá muy lejos, lejos, se paró Clarita, y riéndose de mí, me dijo —he ganado: aquí está mi abuelo.

—Es cierto; pero llegó usted antes porque yo quise. Se me figuraba que alcanzándola no seguiríamos ya corriendo.

—¡Tanto le gusta correr!

—¡Tras de usted, mucho!

—¿Para no alcanzarme?

No pude contenerme, tomé sus manos, la acerqué a mí y le dije:

—¡Clara!... Y no sólo *Clara* le dije, sino otras cosas más bonitas que no las quiero decir a ustedes.

¡Oh angelical criatura! ¡Me quería! Me quería como yo a ella, me lo confesó muchísimas veces, de muchos modos... porque aquel día estaba cansada de tener talento...

Propúsele que volviéramos para no inquietar a su familia, que probablemente nos creía rezando alguna *jaculatoria* o cosa por el estilo, en bien del difunto abuelo, y tornáramos a correr.

—Apuesto a que ahora yo soy el vencedor.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—¿Qué apostamos?

—Un beso: si yo gano me lo da usted a mí: y si pierdo se lo doy yo a usted.

Ella se rió, y modificando el proverbio dije:

—El que ríe, otorga.

Echamos a correr, y en esta ocasión tuve buen cuidado de llegar antes. Al detenerme frente a la respetable mamá, exclamé, radiante de placer: “He ganado”.

—Se ruborizó adorablemente: sólo ella y yo sabíamos por qué.

VI

Pitágoras, que había ido a ver si era posible encontrar un sitio desde donde se vieran los dementes, volvió desazonado, diciendo que nada había hallado, y que era preciso ir al Hospital con aquel siniestro fin.

Las señoras se negaron a ir allá por temor al tifo, y hubo necesidad de renunciar aquel día al placer extravagante que nos habíamos propuesto realizar. Clarita puso una cara de Dolorosa tan mona, que en un tris estuvo que le cobrara el precio de la apuesta, en presencia de la autora de sus días.

Ya al llegar a la puerta, nos separamos un poco de la caravana, y murmuré a su oído.

—Clarita: ¡págume usted!

—¿Por qué se detienen? —dijo la tía—.

—Vengan acá ustedes —dijo para disimular— aquí hay una lápida que no debe pasar desapercibida para ningún turista que se respete.

—¿Qué dice?

—Dice:

*Estos son casos funestos
como todos lo verán:
aquí descansan los restos
de don Ignacio de San Juan.*

—Magnífico —apuntó Pitágoras—.

—Sí —contesté—; pero creo que con semejante epitafio a cuestras no deben descansar mucho esos pobres restos.

—Qué sátiro es usted... —me dijo la mamá—.

—¡Señora!

—Mi mamá quiere decir “satírico” —observó Clarita—.

—Eso, eso es; lo mismo da.

—Sí señora: exactamente.

Nada notable ocurrió en el camino del panteón a la casa, y al llegar a ésta, me despedí, pues aunque se me invitó con instancia a tomar chocolate, rehusé por haber oído dentro, una tos, semejante al rugido de un león.

VII

Desde aquella fecha memorable todo mi anhelo, todo mi afán, era dar a Clarita el ósculo consabido. Mil combinaciones bu-

llían en mis meninges, pero se estrellaban ante la imposibilidad de encontrarla sola: los besos como las lágrimas tienen su pudor, y no quieren testigos.

Un día ya iba a ver coronados mis esfuerzos, y en el momento en que mis labios ansiosos tomaban la forma de rigor en esos casos, apareció la abuela; otra vez cuando ya estaba a distancia brevísima de la boca *ídem* de Clarita, surgió la tía, como evocada por Satanás, y en una ocasión en que yo creía se iba por fin a decidir mi suerte, tuve una contrariedad que estuvo a punto de ser dramática. La noche estaba oscura, la calle desierta; en una de las ventanas de la casa vi una sombra... ¡Clara! pensé, y corrí allá... No era ella: sino su mamá.

Así corrían los tristes días de mi existencia miserable. Iba a visita: contemplaba la muchedumbre de figuritas de porcelana y los mil jarrones de vidrio, que adornaban la mesa de la sala, semejante a un escaparate de quincallería; enredaba en los botones de mi levita los primorosos tejidos de gancho —obra de Clarita— que cubrían los indispensables muebles austriacos; admiraba la sublime entereza del árabe del tapete, que hacía juego desde su camello a un tigre feroz que lo asaltaba, y ojeaba 3 o 4 veces un álbum con caja de música, lleno de personajes retratados por Mora⁶ en posiciones epileptiformes. A veces solía Clarita cantarme, acompañándose en el piano, la *Stella confidente* o la romanza de *Jugar con fuego*.

Pero esto no me satisfacía: tenía yo un crédito contra ella que era preciso cobrar, con tanta más razón cuanto que por ciertos síntomas alarmantes que había observado, antojábaseme, que no sería remoto hubiera concurso de acreedores.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague —dice el refrán por todo extremo optimista, y verdadero—. Llegó el día tan esperado. Clarita estaba sola. Por poca timidez

⁶ Probablemente se refiere a José de Mora (1642-1724), escultor español que trabajó al servicio de Carlos II. Sus imágenes de modelo suave adquieren expresiones doloridas, casi enfermizas, subrayadas por un colorido en tonos sombríos y apagados. A la muerte de su esposa —que le afectó poderosamente— realizó obras que expresan un morboso patetismo.

que uno tenga es difícilísimo lanzarse a esas aventuras *ex abrupto*. Era preciso un exordio:

—¡Clarita!

—¿Qué cosa?

—Hace mucho calor.

—Eso no es original.

—¡Ah erudito!...

—¡Clarita!

—¿Qué?

—¿Se acuerda usted de su abuelo?

—No.

Pasaban algunos minutos de silencio y estábamos solos... ¡solos! Me lancé.

—Clarita, págueme usted el beso que me debe.

—Hoy no.

—Hoy sí.

Y la discusión que se entabló entre ambos, sosteniendo ella la negativa y yo la afirmativa, comenzamos un juego muy entretenido, a manera del de el escondite, que tanto divierte a los chiquillos. Ya la tenía presa entre mis brazos, ya iba a realizar aquel sueño de oro; aquella ilusión tan bella que me había deleitado durante mucho tiempo; ya podía decir como el romano dando de bruces en el suelo de Cartago “¡África no te me escaparás!”, cuando se oyeron pasos y apareció en el dintel de la puerta la fisonomía idiota de Pitágoras.

Renuncié una vez más a la dicha que se alejaba de mí, y creyendo ver al Destino, ese viejo barbón, haciéndome una mueca horrible, salí de aquella casa, transido de dolor, abatido y desalentado.

VIII

Transcurrieron muchos días sin que volviera a presentarme allí; sentía el rubor de mis derrotas; no me atrevía a afrontar la presencia de aquel diablillo sonrosado, que iba tomando a mis ojos las proporciones del ángel exterminador, y empero no re-

nunciaba aún, no podía renunciar a aquel deseo, tan insensato como vehemente.

Tuve la debilidad de volver en una fresca mañana del mes de agosto. Los pájaros del corredor gorjeaban alegremente, contándose sus querellas y sus amores, los jazmines y madre selvas del patio embalsamaban el ambiente con su fragancia embrujadora, y el piano allá en la sala, tocado por las blancas manos de Clarita decía cosas muy dulces, en su lenguaje de arpegios y cadencias.

Me llegué de puntillas hasta ella, que estaba sola, sola con Strauss que es un testigo inofensivo. Creo que me vio, pero hizo como si no me viera: tomé su cabeza en ambas manos y apoyé mis labios en los suyos con todo el amor de mi alma.

En aquel momento sentí que me agarraban fuertemente de una oreja. Los dos gritamos ¡ay!...

¡Era el papá!

MANUEL ÁLVAREZ DEL CASTILLO